

TRADUCCIONES

AL-MUQTABIS DE IBN HAYYĀN

(Continuación)

Mas esa noche no había en los pabellones del Emir más que esclavos y mamelucos arqueros. Al caer los escuadrones de Ben Ḥafṣūn sobre ellos, éstos, que se hallaban en guardia cerca del pabellón real, se defendieron valientemente con sus lanzas y venablos, rechazándolos. Los gritos de alarma llegaron hasta las guarniciones de la ciudad, y éstos, saliendo a todo galope, los alcanzaron y, después de derribar a muchos de los atacantes, los pusieron en fuga. Ben Ḥafṣūn ordenó al grueso de su caballería volver grupas, y a la carrera, pues su jugarreta parecía le iba a costar muy caro. Los jinetes del Emir volvieron la mañana de esa noche con un pequeño botín y muchas cabezas enarboladas en las puntas de sus lanzas. Su entrada en Córdoba esa madrugada, adquirió a los ojos de los habitantes proporciones mayúsculas, admirando los trofeos y tranquilizando sus ánimos.

Ben Ḥafṣūn, que era la pesadilla de Córdoba, se retiró esa noche a toda prisa y, en su huida, erró el camino real y sólo llegó a su fortaleza de Polei con un solo jinete y en un estado lamentable de fracaso y de derrota.

Este pequeño triunfo, no era para el Emir ʿAbd Allāh más que el principio de una gran batalla que se entablaría en los dominios propios del faccioso ¹ y pese a la superioridad numérica de éste, dió el Emir orden de ponerse en marcha y de proseguir el avance hacia Polei. Al fin de la jornada acampó el ejército real a la orilla del río Al Fūska (jueves 15 de abril del año 891, E. C.), que distaba casi dos millas de Polei, y al verse las avanzadas de ambos ejércitos frente a frente, se

¹ El ejército del Emir no se componía más que de catorce mil hombres, de los cuales sólo cuatro mil eran tropas regulares. Ben Ḥafṣūn, por el contrario, tenía treinta mil hombres. Dozy, página 255, tomo II. (Colección Universal, Madrid, año 1920, Calpe). (Traducción Magdalena Fuentes).

convino por ambas partes, según costumbre, que la lucha tuviera lugar al subsiguiente día.

Al despuntar la aurora, Ben Ḥafṣūn estaba jineteando su caballo y dirigiendo las operaciones de despliegue y toma de posición frente a su fortaleza. El número de su ejército era enorme y su sola vista causaba pánico y terror. Cuanto al ejército real, al ponerse en marcha, ordenó °Abd Al Malik b. Umayya, el general en jefe, que el grueso del mismo se replegara hacia una montaña situada al lado del castillo y de Aṣṭarand, buscando una defensa y un escape, para el caso de un revés. Al desviarse el ejército real de su línea de combate, Ben Ḥafṣūn creyó llegado su momento para descargar su golpe fulminante. Esta inhábil maniobra, que ponía en peligro al ejército y le arriesgaba a una desastrosa derrota, fué advertida por °Ubayd Allāh b. Muḥammad b. Al-Gumar b. Yahyā b. °Abd Al-Gāfir b. Abū °Abda, general de la vanguardia. Corre entonces hasta la tienda del Emir °Abd Allāh y, espantado, grita: « ¡ Que Dios se apiade de nosotros, oh Emir! ¿A dónde te llevan? ¿Cómo es posible que volvamos las espaldas al enemigo, ahora que él viene hacia nosotros? ¡Por Dios, oh Emir, creará que le tememos y arremeterá con más arrojo contra nuestro ejército y nos derrotará! » — « ¿Qué debemos hacer, oh Abū °Uṣmān? » — «Avanzar y enfrentarnos con él; golpearlo con más vigor, entremezclarnos con sus huestes, atacar su infantería y aguantar hasta el último momento y que se cumpla la voluntad de Dios». — Entonces avanza. Haz lo que tengas que hacer » — respondió el Emir. Y sin pérdida de tiempo volvió °Ubayd Allāh a su puesto y, poniéndose al frente de su división gritó a los soldados de la vanguardia, ordenándoles caer sobre el enemigo. Las tropas se pusieron en movimiento, entablándose una recia batalla, que luego tomó carácter general.

Acompañaba al ejército real el faquí Abū Marwān °Ubayd Allāh b. Yahyā b. Yahyā, uno de los más ilustres teólogos de Córdoba, y el más sabio y piadoso, apodado Šayj Al Muslimīn, jefe religioso de todos los islamitas. Un oficial le hizo la siguiente pregunta: « ¿Qué puedes decirnos del resultado de este combate señor Šayj? » — « ¿Qué he de decirte, sobrino mío, — contestó el doctor —, sino lo que dijo Dios en su Libro? ¿Si Dios viene en vuestro socorro, quién podrá vencerlos? ¿Y si os abandona, quién os podrá auxiliar? » ¹.

A esta altura de las cosas el Emir °Abd Allāh había ordenado a la retaguardia colocarse en orden de batalla, dejar su bagaje y levantar el pabellón; pero mientras se hallaban los esclavos ocupados en levantar

¹ Al Qorān, sura III, vers. 154.

La tienda del Emir, una columna se rompió y el pabellón cayó a tierra. La gente, poseída por un estado de nerviosidad, creyó ver en el derrumbe del pabellón del Emir una mala señal y un presagio de mal agüero.

— Tranquilizaos — gritó Asbag b. ʿĪsā b. Futays — y no temáis. No olvidéis que también el día de al Karkarīd ocurrió lo mismo, y sin embargo se obtuvo una brillante victoria.

Y tomando un puntal de bagaje de una acémila, levantó el pabellón. Mientras tanto ambos ejércitos se habían confundido en una sola lucha decisiva. En la primera fila del ejército real combatía con extraordinaria bravura un caballero guerrero llamado ʿAbd Allāh Al-Rahīṣī quien, a más de valiente, era un poeta elocuente y distinguido. Cada vez que cargaba contra el enemigo improvisaba versos, y más cuando hería o daba muerte a algún soldado enemigo de categoría. Y así seguía adentrándose en el corazón de la batalla, pegando a diestra y siniestra, bramando como un león, poniendo en fuga a cuantos enemigos se ponían delante de él, hasta que cayó herido de muerte en plena batalla. — ¡Mal presagio! volvieron a gritar los soldados, pues el valiente Rahīṣī era el primero de los oficiales de las fuerzas reales que sucumbía en el campo de batalla. Además era un caballero muy apreciado por sus camaradas y por el ejército, debido a sus cualidades y prendas morales de soldado aguerrido y de poeta exquisito.

— No, no — replicaron los doctores, — siempre dispuestos a disipar cualquier mal efecto producido por cualquier mal presagio o desgracia como en este caso — ; no os horroricéis por la muerte de ʿAbd Allāh Al-Rahīṣī, es, por el contrario, un signo felicísimo de victoria. Así fué y sucedió en la batalla de Guadacelete — Wādī Salīṭ — cuando en el combate contra los toledanos, el primero que cayó fue uno de nuestros caballeros ; y, sin embargo, la inapreciable victoria fue nuestra.

Los realistas volvieron a combatir con más empuje. La batalla se hizo general en todas partes. Ambos ejércitos mostraron gran coraje y valor combativo y una extraordinaria resistencia. El ruido era infernal, y el grito de los combatientes, mezclado con el relincho de los caballos y el tronar de sus cascos sobre el pedernal, llenaba los espacios, hasta que sucedió lo que no se esperaba : el ala izquierda del Emir cargó con tanto vigor contra la derecha del intrépido sedicioso Ben Ḥaṣṣūn que, en poco tiempo y perdiendo gran ventaja, se vio obligado a retroceder. En este corto lapso y frente a esta señal del comienzo de la derrota del enemigo, los realistas aprovecharon el momento y empezaron a hacer su cosecha, segando cabezas que a porfía cortaban y enviaban a la tienda de Emir, que había puesto precio a cada una para el soldado que la presentase.

En este combate murió mucha gente de los facciosos. En cuanto al jefe de los insurrectos, se veía perdido, pues, deshecha su ala derecha por los soldados de Emir, vio con espanto cómo todo el peso del ejército volvía y arremetía contra el ala izquierda, que mandaba él personalmente. Entonces no le quedó otro partido que huir y volver grupas, camino de su fortaleza, abandonando su ejército a su suerte y, al grito de « sálvese quien pueda », el desbande de los facciosos fue general y espantosa la matanza. El botín no tenía precedente en batallas de esta categoría, e incluso se hallaba el famoso pabellón Qobba, de Ben Hafṣūn y sus armas.

Los que fueron a refugiarse en la fortaleza eran muchos y estorbaban la única entrada de acceso, al punto que, cuando llegó el maldito Ben Hafṣūn, no pudo abrirse paso hasta la puerta. Los soldados apostados en los muros tuvieron que cogerlo de los brazos y quitarlo del caballo para salvarlo. La mayor parte de la oficialidad lo abandonó y se dispersó. Sus reservas y el grueso de sus aliados huyeron y se negaron a buscar refugio en la fortaleza, pero fueron perseguidos por la caballería real, acuchillándolos de a centenares. Al anochecer la gente de Ēcija, presintiendo un asedio del Emir, perforaron una muralla del castillo y huyeron ante la actitud de Ben Hafṣūn, que en vano pretendió impedir su huida. Los demás oficiales y clientes que le acompañaron hasta el postrer momento, aterrorizados por el desastre y el hallarse solos, imitaron el ejemplo y, aprovechando la oscuridad, se lanzaron campo afuera, huyendo a todo correr. Quiso el caudillo ejercer su autoridad de jefe supremo y oponerse a su salida, y hasta intentó recurrir a la fuerza, pero todo fue inútil. El terror que se había adueñado de todos los refugiados era su peor enemigo, y no le quedó otro recurso que ceder y salir con los que quedaban. Era una precipitada fuga, un sálvese quien pueda, protegida por el manto de la noche, desocupando y entregando la fortaleza al enemigo.

En ese desorden el mismo Ben Hafṣūn no pudo conseguir caballo para huir, hasta que al fin logró colgarse de una miserable bestia de carga, perteneciente a un amigo nazareno, y habiendo montado en ella, en pelo, la aguijoneaba y apuraba a una marcha al galope que el pobre jamelgo, mal alimentado y acostumbrado al paso de acémila, no podía llevar. La noticia de la huida de los renegados llegó al campamento, donde el ejército se hallaba dedicado a reunir el botín. Se dió orden a la caballería de conducir los prisioneros, que iban cargados con el botín, y a la infantería de atacar el castillo, que se hallaba desierto de combatientes, aunque repleto de cadáveres, heridos y rico botín. Éste consistía

ahora en dinero, alhajas y vestuario, y mucha máquina de guerra de incalculable valor.

Entre tanto el Emir 'Abd Allāh convocó al consejo de guerra en el castillo de Polei. Abrió un registro para los prisioneros que juraban lealtad a los musulmanes, a fin de perdonarles la vida. En cuanto a los cristianos, fueron todos decapitados, menos uno que flaqueó en el momento en que el verdugo iba a cortarle la cabeza, y pronunció la fórmula de fe islamita, que le valió el perdón. Volviendo a Ben Ḥaṣṣūn, éste, en su precipitada fuga llegó a Archidona al amanecer con cuatro jinetes; luego la abandonó a toda prisa acompañado de un grupo de adictos, dirigiéndose a su cuartel y sede principal, Bobastro, en donde permaneció.

Cuéntase que Šaīd b. Mastana quiso gastar una broma con Ben Ḥaṣṣūn, mientras los dos huían camino a Bobastro.

—Dios — dijo Ben Mastana — te ha ahorrado los quinientos denarios que pensabas regalar al que te llevara la noticia de la salida del Emir al campo de batalla. ¿Cómo encontraste a esos Umayya? ¿Cómo te has engañado respecto de ellos!

Ben Ḥaṣṣūn, irritado por el revés que había sufrido, y con pocas ganas de oír bromas, respondió lleno de cólera:

—Mi desgracia se debe a tu cobardía y a la de los que son como tú. Vosotros sois semihombres.

La verdad de lo que pasó, y a la cual se vincula esta broma, fue que, cuando supo Ben Ḥaṣṣūn que el Emir 'Abd Allāh había resuelto salir a enfrentarse con él en persona, dijo sarcásticamente en idioma español a Ben Mastana: ¿Qué puede hacer esa manada de bueyes? Ofrezco quinientos denarios al que me traiga la noticia de que ese emir se ha puesto en camino hacia mí.

Terminada su labor en el castillo de Polei, el Emir se fue con su ejército a sitiar a Écija, que aún respondía al faccioso Ben Ḥaṣṣūn. Tenía esta ciudad considerables defensores, gracias a los fugitivos de la batalla de Polei (Bulai) que, en su mayoría, buscaron amparo en su fortaleza. La asaltó el ejército apenas llegó, y estrechó el cerco a sus habitantes. Empleó ballestas y catapultas que, día a día, iban causando estragos y temor.

Desesperados por el prolongado asedio, el hambre y el cansancio, solicitaron el *amán*. Enablado el parlamento, los andaluces pidieron perdón, prometiendo volver a la obediencia. El Emir se había apiadado de ellos, máxime cuando desde lo alto de la muralla presentaban a sus mujeres y a sus hijos, que imploraban a gritos y pedían a grandes voces

piedad. Luego que les hubo concedido una amnistía general y después de haberse asegurado de su obediencia con rehenes que tomó de las principales familias, nombró un gobernador de su parte y prosiguió su avance camino de Bobastro.

La reconquista de Écija inspiró al poeta Aḥmad b. Muḥammad b. °Abd Rabbih estos magníficos versos :

Es la victoria después de la cual
no hay otra Victoria.
Do triunfamos, no hay capitulación
ni condiciones de pacto o de paz.
Sólo hay perdón del vencedor,
y sólo del fuerte
es magnífico el perdón.

Pregunta a la espada y a la lanza
ellas te darán razón
de la fiesta que los árabes
el día festejaron
de Victoria y salvación.

Nuestra fiesta fué celebrada
con víctimas de enemigos ;
y no hay fiesta que se celebre triunfalmente
sin víctimas ni ofrendas.

Creía Ben Hafṣun que sus jinetes
eran como las águilas,
pero en verdad hoy están todos
unos muertos y otros en cadenas.

Huyó, salvándole la noche ;
debería estar a la noche agradecido.
Alimentóse de vanas esperanzas,
que luego fueron su mayor desgracia.

Cubrióse con el manto de la noche
para poder escapar,
y uno de cada cinco
se pudieron salvar,
llevando cada cual
herida en sus espaldas.

Cuánto deseaban
que nunca despuntara el alba,
y cuánto nosotros
que la noche en día se trocara !

Oh, tú, que sólo fuiste la leña
del fuego que incendiaste.
Mira con tus ojos el desastre
que te dejó la hoguera.

La espada barrió todo cuanto
desde el principio habías preparado.
Ahora ve, después de esto,
lo que en pie quedó de la barrida.

Cuántos de vosotros despertaron
después de una embriaguez,
que a no ser por nuestras cimitarras,
no hubieran vuelto en sí de su beodez.

Polei, con cerdos en su torno
parecía desarticulada.
Lugar de renegados que el castigo
recibieron merecido.

Si las colinas, donde perecieron los herejes,
lenguas tuvieran,
llorando, gritado hubieran
por la hediondez de sus muertos.

Las lanzas aplacaron su sed
en la sangre de sus víctimas,
y hasta el junco del 'ban' ¹
lanza hubiera querido ser.

Nos hemos divertido
el día de su Pascua ;
mientras ellos no gustaron
de su día santo.

Fue una noche aquélla
que perpetuó nuestra gloria,
humillando para siempre
a los renegados ;
y todo gracias a 'Abd Allāh,
el magnánimo y piadoso,
en cuyo elogio se honra el verso.

El panegírico que el poeta dedica al Emir 'Abd Allāh es largo.
Seguidamente el Emir 'Abd Allāh continuó su avance, y fue a sitiár
a Bobastro, capital del renegado Ben Hafsūn ; pero éste había reunido

¹ Caña de Indias.

mucha gente de sus clientes a más de los que le siguieron de los descontentos y de los muladíes de Algeciras y de los otros lugares. Atacó el Emir con el ejército todo cuanto había alrededor de la fortaleza, destruyendo la sementera y las plantaciones; y mientras se hallaba en esta empresa las tropas empezaron a demostrar cansancio y deseos de volver a sus hogares, ya que lo poco que quedaba no valía la pena que les agotara todas sus fuerzas. Comprendiendo el estado de ánimo de su ejército, el Emir cedió a su voluntad y ordenó la retirada, creyendo a su vez, que habría dado a Ben Ḥafṣūn un golpe decisivo, después del cual tardaría mucho en levantar cabeza y salir de esa fosa en que había caído.

Cuando supo el renegado que los realistas se retiraban de Bobastro, llamó a sus oficiales y soldados y los alistó para tender al Emir una emboscada. Allí en esos desfiladeros abruptos que él conocía muy bien, quería tomar su sanguinaria venganza. Enterado el Emir de las intenciones del perverso Ben Ḥafṣūn, tomó en seguida todas las precauciones que el caso exigía. Desde una colina en la cual se ubicó con sus oficiales mayores, frente al angosto camino que sólo admitía el paso lento de dos o tres hombres, ordenó que adelantasen primero los bagajes del ejército, luego los débiles y heridos a cargo de gente experta. Confió la infantería a la protección de oficiales valientes que la seguían a retaguardia, pasando él al final de todos. Cuando hubo pasado la máquina pesada y los heridos y convalecientes y no quedaba más que los capaces para el combate, ordenó el Emir el ataque. Ben Ḥafṣūn cargó, por su parte, sobre el ala derecha de los realistas, con su gente; mas los primeros contestaron reciamente el golpe de todos lados: la tarea más delicada estaba a cargo de los arqueros que en ese momento tenían que ser ciertos y no malgastar sus proyectiles. La batalla iba muy lenta, quizás por la naturaleza misma del terreno accidentado; por dicha causa, y, llenando de reproches a sus soldados, esgrimió su espada Abu 'Ulmān 'Ubad Allāh b. Muḥammad b. Abu 'Abda y se arrojó con guerreros escogidos al combate, atacando el ala izquierda del renegado Ben Ḥafṣūn. Secundado por otros oficiales que reaccionaron al ver que las filas enemigas tambaleaban al empuje de Abū 'Abd, la arremetida vigorosa de los realistas se coronó con todo éxito. Ben Ḥafṣūn, otra vez derrotado en sus propios lares huyó con sus secuaces. La caballería del Emir los persiguió matando a muchas gentes. Cantidad considerable de soldados fueron arrojados a los precipicios, y desde lo alto de las sierras se veía a caballos y jinetes saltar a los abismos destrozándose.

El trofeo de esta batalla en plenas sierras fueron 500 cabezas (qui-

nientas) que el Emir 'Abd Allāh ordenó transportar a Córdoba, donde fueron expuestas al público frente a las puertas de su alcázar.

El ejército vitoreaba el nombre de Ben Abū 'Abda y elogiaba su valor y su talento de estratega demostrados, principalmente, en la última batalla entablada en esos lugares peligrosos y difíciles de las sierras. El pueblo de Córdoba se sumaba también a esta manifestación de júbilo de los soldados, aclamando el nombre del Emir 'Abd Allāh que, para ellos fué el que obtuvo la victoria y salvó la nación, conjurando los peligros y devolviendo al pueblo la tranquilidad.

Cuando el Emir hubo llegado a su palacio, su primera medida fué llamar a 'Ubayd Allāh b. Abū 'Abda para felicitarle por su valor y por su triunfo y agradecerle, a la vez, los servicios prestados al califato, nombrándolo ministro. En cuanto a la batalla que el Emir entabló en Bobasro contra Ben Hafṣūn, se realizó el día sábado a principio del mes de Rabi'Primero en el año 296; pasando seguidamente por Archidona y la fortaleza de Fontana que pertenecía a Banū Jālid, y finalmente por Castalla (Qastilla) capital de Elvira. Para asegurarse de la lealtad de los habitantes de estas regiones, fué necesario llevar rehenes, volviendo a Córdoba admirado y victorioso.

Con motivo de la conquista de Polei compuso Ben 'Abd Rabbih un bello poema con el cual felicitaba al Emir por su triunfo:

La verdad brilla,
Y es de rutilante sendero
como cuando brilla la luna
después de una noche oscura.
Es la espada que endereza el sedicioso
cuando del buen camino se desvía,
Es la espada la llave maestra
cuando echan llave a las fortalezas.
Contra ellos ordenó el Califa,
y su orden un ejército fué
que hizo temblar la tierra.
Legiones compactas se vieron pasar,
unas tras otras cual olas del mar.
A su llamado acudieron los clanes,
alzando sus lanzas y haciendo tremolar,
presa del viento el estandarte real.
Cuando Polei fué asediada por el Emir,
sus renegados defensores
creyéronse invencibles,
pero olvidaron que todos

eran manadas de ovejas
frente a un bravo león.

Ben Ḥafsūn al verse perdido
a la fuga se lanzó,
en una noche que fué para él
la noche del juicio final.

Y si hoy preguntas a esos muladíes
¿qué partido preferís?
dirán: El partido de los que huyeron
en la noche infeliz.

La fuga señaló a los cobardes
el funesto fin de toda sedición,
y de qué sirve valerse de la noche
para escapar de la muerte.

Es un poema bueno, pero extenso.

En ese mismo año evacuó Ben Ḥafsūn la fortaleza de Jaén, ocupándola el Emir ʿAbd Allāh y capturando a Al Sarrāy, que era uno de los más altos oficiales de Ben Ḥafsūn. Al Sarrāy fué conducido a Córdoba, donde fué crucificado.

Dijo también Maʿūna b. Ḥisām Al Šabīnsī:

Se sublevó en Córdoba contra el Emir ʿAbd Allāh el hijo de Servando b. Ḥassān al-Gómez, un valiente guerrero y de temple a toda prueba, por causa de una falta grave cometida por un hermano suyo. Salió de Córdoba y se alió con Ben Ḥafsūn, que lo recibió con grandes manifestaciones de júbilo, confiándole la dirección de las correrías o razzias con gente sediciosa que reunió en su camino, y recomendándole hiciera sus ataques incesantes a la ciudad y sus aledaños. Hizo de Polei su cuartel general, desde cuya fortaleza salía con sus escuadrones de noche y dirigía las incursiones con seguridad y precisión; pues conocía mejor que nadie el terreno de esa comarca como a las palmas de sus manos. Tanto la campaña cuanto la explanada y lugares circunvecinos de Córdoba sufrían sus golpes nocturnos, que horrorizaban a las poblaciones y a la Capital. A los descontentos se sumaron las quejas que día a día iban en contra del gobierno por su ineptitud y debilidad frente a los facciosos; situación que determinó al Emir a salir al encuentro de Ben Ḥafsūn, que desde Polei dirigía todas las operaciones.

Con la sangrienta batalla de Polei y la rendición de esta fortaleza al Emir, Córdoba tuvo un respiro. Empero el infame Ben Ḥafsūn había ido más allá de los límites de la audacia y atacó las tiendas del Emir ʿAbd Allāh, a orillas del río de Córdoba, cuando éste se hallaba en camino del campo de batalla.

Ben Hafṣūn se hallaba atrincherado en Ēcija, que a la sazón estaba en su poder. Aprovechó la noche y con sus escuadrones cargó sobre el pabellón real que se había levantado en la meseta de Córdoba, que miraba a la parte sur. Sorprendió a los guardianes y servidumbre, que defendían grupos de arqueros. La intención del malhechor era incendiar el pabellón y demás tiendas de la comitiva real, pero los arqueros resistieron el ataque y lograron rechazarlo. Los gritos de auxilio hicieron que la caballería saliera al galope en persecución de los sediciosos que, en su huída, sólo lograron incendiar la campiña, perdiendo en cambio muchos caballos y dejando en el campo de batalla innumerables prisioneros y cadáveres cuyas cabezas fueron enviadas a Córdoba. Este triunfo inicial calmó a los cordobeses.

Siguió el Emir °Abd Allāh su avance; conquistó Polei y otras fortalezas reafirmando su ascendiente y consolidando su poder.

En esta campaña tuvo una destacada actuación °Ubayd Allāh b. Abū °Abdah, principalmente en la batalla que se desarrolló en los desfiladeros, cuando el Emir volvía de su triunfal expedición a Bobastro. El valor de ese general superó a todo el ejército y le valió el reconocimiento del Emir y su ascenso a visir. Su nombre fué aclamado victoriosamente por el pueblo.

Dijo: Y en cuanto al valeroso e intrépido Al Rahīṣī, que tuvo en la batalla de Polei tan relevante cuanto brillante actuación, hay opiniones contradictorias respecto a su verdadero nombre; pues, mientras unos dicen que se llama °Abd Allāh, otros afirman que su nombre es Asad b. °Abd Allāh Abu Muḥammad. Por otra parte era, además de valiente, un buen poeta. Prestó servicios en el reinado del Emir Muḥammad b. °Abd Al Raḥmān y después en el del Emir °Abd Allāh. Sucumbió en la batalla de Polei y le fueron rendidos todos los honores militares.

Otro poeta, Sa°īd b. °Amrū de Acre, compuso estos versos en conmemoración de la batalla de Polei y fueron recitados por Ma°awayā. Debido a la extensión del poema extractamos de él los siguientes versos:

Mirad y veréis cómo las ondas del mar
inundan sierras y llanuras.
Mirad y veréis que la tierra
se detiene en su marcha;
y sólo se ven ejércitos que sucumben
y ejércitos que avanzan,
llenando el espacio
desde la salida del sol
hasta su ocaso...

sin interrupción...
de día y de noche,
Como un cielo.
Así aparecían las polvaredas
en cuya densidad
relampagueaban cual astros
los filos de las espadas,
las puntas de las lanzas.

Decid a Ben Hafsūn que son éstas
legiones que volverán funesta su vida
y acabarán con su ejército.

Dijo Sakan b. Ibrahīm el Amanuense :

Cuando el Emir °Abd Allāh sucedió a su hermano Al Mundir b. Muḥammad todo el territorio de Al Ándalus se hallaba revuelto y convulsionado. El estado de sedición era debido a la debilidad y negligencia de sus antecesores en el gobierno, que descuidaron y no supieron reprimir ni ahogar los focos facciosos que se veían por doquier. Crítica era la situación del país cuando el Emir °Abd Allāh tomó las riendas del gobierno, eran más bien un mar de llamas las ciudades y leznas punzantes las corias andaluzas.

Ben Hafsūn era el campeón de los renegados nacionalistas y el más temible contendiente del gobierno de Córdoba. Sus rebeliones sembraron la muerte, el hambre y la guerra. Era la raíz del mal. En sus manos tenía el poder y el contralor de la mayor parte de Andalucía. Hacía alianza con los jefes de cada región y les auxiliaba con dinero y hombres. Su poderío alcanzó hasta la meseta de Córdeba, donde saqueaba las alcorias o alquerías y las campiñas que la circundaban. La historia de este insurrecto es muy larga de narrar. Se posesionó del castillo de Polei, en el extremo de la provincia de Cabra, que domina la campiña de Córdoba, del cual hizo su cuartel de guerra y desde donde efectuaba sus razias e incursiones con soldados que eran los esbirros más crueles que había y hacían estragos por donde pasaban. Las sorpresas de estos salteadores se efectuaban hasta en las narices del Emir °Abd Allāh, cuya capital era castigada incesantemente por los escuadrones de Ben Hafsūn.

La vida de los habitantes de la Capital se volvía cada día más crítica y, temiendo una revuelta interna el Emir °Abd Allāh, agotada su paciencia por las fechorías de los facciosos, movilizó su ejército y salió con su tan célebre expedición que culminó con la toma del castillo de Polei, considerado inexpugnable. En esa batalla el Emir sólo contaba con catorce mil hombres, su único capital militar, entre los cuales había mucho de su servidumbre, su Corte y guardianes, y cuatro mil volunta-

rios, mientras que su rival, por el contrario, tenía treinta mil soldados, todos aguerridos y fogueados en las lides. Entablóse la batalla de Polei y ambos ejércitos combatieron con entusiasmo y con ardiente sed de botín. Mas los gubernistas, en un vigoroso contraataque, derrotaron a los insurrectos desalojándolos de sus posiciones. El malvado Ben Ḥafṣūn se retiró apresurado a su fortaleza, simulando ir en busca de una reserva en ella, mas los realistas que le persiguieron le estrecharon el cerco y fiscalizaron la puerta de acceso y no pudo salir. Entonces abrió de noche un boquete en un lugar poco vigilado del castillo, y con cinco hombres de los suyos huyó hacia otro refugio que todavía le respondía, abandonando a su ejército a su suerte. Tampoco éste pudo resistir y se desbandó en todas direcciones. Los jinetes realistas comenzaron su persecución implacable, acuchillándolos por la espalda. Muchos se rindieron y arrojaron sus armas, salvándose; otros se mezclaron con los realistas, pero fueron descubiertos y, por orden del Emir °Abd Allāh, que amenazó castigar al que ocultara un sedicioso, ejecutaron a casi mil de ellos a porfía en su presencia.

En una crónica escribe Abū Marwān lo siguiente: Encontré escrito de propio puño y letra del poeta °Abbādah lo siguiente: « Me informaron de fuente segura que el Emir °Abd Allāh, cuando se hallaba asistiendo a la célebre batalla de Polei, y al ver a tantos soldados trabados en una lucha encarnizada y oyendo el ruido infernal que ensordecía en ese maremagnum, elevó sus preces al cielo y se inspiró en estos versos, que recitó en voz alta:

Si algunos ponen su confianza
en el gran número (de sus soldados)
o en sus máquinas de guerra
o en su arrojo,
pues yo sólo pongo mi confianza en Dios,
único, indiviso y sempiterno.

Ahora, volviendo a las crónicas de °Isā b. Aḥmad, éste nos relata diciendo:

En esta batalla fué derrotado Muḥammad b. Lope Al Qaswī, señor de la Alta Frontera, en un combate que le fué funesto. Dos días consecutivos duró la persecución de los fugitivos, durante la cual la matanza de ellos fué espantosa. En ese año nombró el Emir °Abd Allāh gobernador de la ciudad de Tortosa, en la distante región oriental de Andalucía, a Ubayd Allāh b. Muḥammad b. Al °Umar b. Abū °Abdah b. Al °Abbās b. °Abd Al-Barr en reemplazo de °Abd Al-Hakam b. Sa°īd b. °Abd Al Salam en los últimos días de Dū'l Ḥij̣ja.

Año 279

Dijo ʿĪsā b. Aḥmad :

En este año el perverso ʿUmar b. Ḥaṣṣūn pidió la paz con el único propósito de engañar al Emir. Su pedido fué aceptado, mediante la entrega de rehenes. Pero esta situación duró poco, pues otra vez volvió a enarbolar la bandera de la rebelión, que estalló del modo siguiente : En la ciudad de Archidona gobernaba Aḥmad b. Ḥāšim b. ʿAbd Al ʿAzīz, el visir nombrado por el Emir ʿAbd Allāh, luego que volvieron los archidoneses a la obediencia. Tenía el gobernador por colaborador inmediato a Muḥammad b. Danīn Al ʿUdmī.

Un día mandó Ben Ḥaṣṣūn a instigar a los despreciables habitantes de Archidona — que no habían dejado de serle adictos y le servían de espías —, para que se levantara en armas contra la autoridad ; instrucciones que fueron cumplidas de inmediato. Con un ardid apresaron al gobernador y a su asistente, abriendo las puertas de la ciudad a Ben Ḥaṣṣūn, que entró en ella de noche. Una vez que le fueron entregados los dos prisioneros, dió muerte a Ben Danīn, a quien odiaba y retuvo a Ben Ḥāšim en su poder, violando el pacto de paz que tenía contraído con el Emir, y reiniciando sus desmanes.

La expedición de Karkabūliya, hoy Carabuey

Dijo : En el verano de este año realizó el Emir ʿAbd Allāh una expedición militar. Él mismo encabezó las tropas, dirigiéndose a Karkabūliya — hoy Carabuey — castillo que pertenecía a Saʿīd Ben Mastana, émulo del maldito ʿUmar b. Ḥaṣṣūn, y que se hallaba apostado en las montañas de Baga — hoy Priego. Nombró el Emir ʿAbd Allāh jefe de las tropas asaifas a ʿAbd Al Malik b. ʿAbd Allāh b. ʿUmayya, quien atacó con sus fuerzas los numerosos castillos de Ben Mastana, sitiándolos y devastando sus sementeras y plantíos. Estrechó el cerco de Carabuey y ordenó que batieran incesantemente las murallas con las catapultas. El ataque dió sus frutos, pues los sitiados, en su desesperación y angustioso estado, pidieron la paz. Ben Mastana solicitó parlamentar con el jefe del ejército realista, después de lo cual, reconociendo sus errores, juró entrar en obediencia, si el Emir lo perdonaba. Accedió el Emir a sus ruegos y firmó su *amān*, por intermedio de Ben Ḥārīṭ b. Yazīʿ, con la condición de destruir el castillo de Carabuey. Así se hizo en presencia del Emir, hasta que no quedó piedra sobre piedra, de esa majestuosa fábrica. Esta fué la más importante acción bélica de esta expedición, y la última que llevó a cabo el Emir, que regresó a Córdoba.

JOSÉ E. GURÁIEB.

(Continuad.)